



**I CONCURSO DE CUENTOS
Y RELATOS CORTOS DE NAVIDAD
"BIBLIOTECA MUNICIPAL DE ALGETE"
CUENTO GANADOR EN CATEGORÍA ADULTOS**

Solamente un día

Maleny del Prado Galán

Despertó de repente, sin alarma, sin oír ningún ruido, solamente porque su cuerpo estaba descansado. Miró a su alrededor y no reconoció el lugar aunque un halo extrañamente familiar se respiraba en esa habitación.

Al intentar bajar de la cama notó que el suelo quedaba demasiado lejos, miró sus pies, eran más pequeños de lo que recordaba, sus manos también, su pijama era de Mazinger Z, le resultó raro y salió de ese cuarto sabiendo cómo llegar al baño. Se puso frente al espejo y la imagen que le fue devuelta era distinta a la que vio antes de acostarse. Hacía más de cuatro décadas que no veía a aquella niña de seis años, esa niña que dormía con la toga hecha para alisar esos rizos tan rebeldes.

Se dio cuenta entonces que por fin había recibido el regalo que pedía cada Navidad, ese que no escribía en ninguna carta, pero que cada año, durante cuarenta y tres, había deseado. Lo pidió siempre mentalmente, sin decirlo en voz alta, de la manera en la que se piden los deseos que esperas que sean cumplidos. Y supo que estaba en casa, disfrutando ese regalo concedido por no sabía quién, esperado durante un tiempo que había sido eterno e imposible que se convirtiera en realidad.

Reviviría de nuevo lo que sintió ese día de Navidad, pero sabiendo esta vez que sería la última que tendría junto a su padre, conocedora de lo que ocurriría apenas once meses más tarde, entendiéndolo que no podía cambiar lo que sucederá ese maldito noviembre, y no porque no lo deseara con todas sus fuerzas, sino porque era lo que había ofrecido ella a cambio de ver cumplido su deseo.

Únicamente tenía ese día para poder darle tantos besos guardados, para oler el aroma de su colonia y dejarse alzar por él mientras sus bracitos se aferraban a su padre. Disfrutaría mirándole, sabiendo que su imagen se iría disipando en la neblina del tiempo, esa neblina era una herramienta cruel e inexorable que ya utilizó Cronos en ella. Estaría en silencio mientras él hablaba y guardaría ese sonido en el alma para recordarlo después, sabiendo que se convertiría en un eco efímero que también desaparecería.

Desde la cocina llegó un olor que reconoció rápido, eran los famosos huevos al plato que hacía su padre y que tanto le gustaban siendo niña, pensó que no había mejor desayuno para ese día navideño y marchó de puntillas con los ojos cerrados siguiendo el aroma.



Apoyada en el marco de la puerta, echó su cuerpo a un lado, asomó lentamente la cabeza y disfrutó lo que veía guardando esa imagen. No podía creerlo, allí estaba, con los mismos rizos que ella había heredado de él.

El padre alzó la vista hacia donde estaba su hija y al coincidir sus miradas pareciera que se hubieran visto el día anterior, dejó lo que estaba haciendo, se puso en cuclillas y extendió los brazos hacia ella, a la niña le pareció flotar hasta ellos y se aferró a él mientras sentía que su calor la envolvía con un amor infinito. Lo que duró ese abrazo no se podía medir en tiempo sino en palabras no dichas pero sí pensadas por la niña y habló a su padre, sin articular palabra, debía ser así.

Papá, quiero que sepas que ya no habrá otra Navidad así, no vendrás a cumpleaños, no podrás ser el padrino de mi boda, no habrá charlas contigo, no sabrás lo que es ser abuelo porque casi no tienes tiempo de disfrutar de ser padre y que hoy vamos a pasar el día entero todos juntos, sé que un día no es suficiente pero es lo único que tenemos.

¿Compartimos el desayuno? Preguntó su padre mientras usaba sus cosquillas para hacerla reír y rieron los dos. Con esas carcajadas comenzó la magia, sería un solo día pero sería pura magia.